

Coloquio de la civilización

Gonzalo RESTREPO JARAMILLO

Facundo.—Hace algunos días estuvimos discutiendo sobre interpretaciones de la historia. Pocas son quizás las tardes que nos queden para estos coloquios, pues a nuestra edad de hombres maduros se acrece ya el tributo que rinde nuestra generación a la muerte. Aumentanse los claros en las filas y conviene consagrar a la comunión de las ideas el tiempo que aún nos queda, antes de cruzar las oscuras aguas donde rema Caronte. Da tú, Cristián, el tema para el coloquio, pero ojalá no escojas uno de tesis irreconciliables, sino más bien otro que sirva de materia propicia a las opiniones atenuadas.

Cristián.—Divorciado andas de tu habitual espíritu, tan afirmativo y categórico; pero es el hombre sujeto de continuas mudanzas y días hay en que el fondo de tristeza que duerme en toda carne se nos sale a la superficie y lo caduco de esta vida temporal nos amarga la boca. Sin duda vives hoy uno de esos días de tinieblas. Pero acepto la invitación. No todo en la vida ha de ser pugna implacable del cuerpo o del espíritu sino que pueden también pensadores y filósofos divagar sobre cosas discutibles. Tienen estas el encanto tal vez morboso de los panoramas en bruma, de los crepúsculos indecisos, de las exploraciones por selvas desconocidas. Es dulce perseguir juntos el camino de la verdad, tanteando en las sombras, ambulando por la espesura incierta de las cosas. Un tema voy a daros por cuya amplitud puede galopar sin freno la imaginación. Qué es la civilización?

Facundo.—Defínela el diccionario como conjunto de ideas, ciencias, artes y costumbres que forman y caracterizan el estado social de un pueblo o de una raza. Pero no creo que te refieras a eso. Tu pregunta quedaría mejor formulada así: Qué debe ser la civilización? No es cierto?

Cristián.—Exactamente.

Facundo.—Entonces el tema da para muy poco. Civilización, diría yo, es el conjunto de instituciones y prácticas que asegure la mayor suma posible de bienestar a los hombres.

León.—Errado andas, porque si así lo entiendes, el tema resulta amplísimo. En eso del bienestar cabe lo habido y lo por haber, desde el hombre bien alimentado, bien dormido, bien refocilado, hasta el asceta consumido por continuas maceraciones de su perseguida carne. Y cabe el pueblo dominador, guiado por el héroe de mis simpatías, lo mismo que los misioneros de Cristián, proselitistas internacionales, hermanos en el afán de prédica de tus marxistas destructores. Vive Dios que me fascina el tema y lo encuentro de actualidad, inmensamente discutible, pues ahora andan por ahí empeñados en lanzar el mundo a la guerra unos dictadores impetuosos contra unos ministros parlantes, y cada grupo afirma que está dispuesto a provocar el horrible incendio para salvar la civilización. (1) Bueno será averiguar en qué consiste y cómo se puede entender de tan distintos modos una misma cosa, a no ser que bajo el nombre se cobijen entidades diversas.

Cristián.—Es lo que pretendo que indagemos.

León.—Para mí civilizar es pulir al hombre aumentando su hombría, es decir su capacidad de obrar como hombre.

Facundo.—Con lo cual entramos en materia de discusión, porque admitida tu tesis, que tiene mucho de cierta, se plantea el problema. Cuándo el hombre obra más como hombre, más de acuerdo con su naturaleza? Cristián que es buen católico nos va a pintar una especie de civilización monástica, de renunciamiento voluntario, una vida alternada entre los frugales alimentos bastantes apenas a mantener con vida el cuerpo sin que se encrespen las pasiones, y el monótono rumor de los salmos piadosos. Tu vas a proponernos un mundo militarizado a la tudesca con mucha afirmación de imperio, ansias incontenibles de espacios vitales y un pueblo consagrado con heroico empuje al engrandecimiento del estado. Yo por mi parte repicaré mis atambores marxistas, proclamando que la civilización consiste en un gigantesco plan quinquenal o secular que industrialice el mundo para que haya más amplia producción de los bienes y mejor distribución de ellos. Quedaremos otra vez empuñando como alfanges nuestras ideologías contrapuestas.

(1) Este ensayo se escribió antes de estallar la actual guerra europea. Nota del Autor.

Cristián.—Aparte de que la civilización católica es muy distinta de ese convento que describes, nos queda el recurso de no empezar por las tesis sino por los análisis comparativos. Estudiar lo que ha ocurrido para dar con lo que quisiéramos que ocurriera. El mundo antiguo, padre del moderno, tuvo dos tipos principales de civilización, la griega y la romana. Prescindo de otras como la egipcia, la asiria etc. porque tuvieron menos influencia sobre nuestro mundo occidental. Cuál de las dos representa un tipo más digno de aceptarse, entre la civilización helénica y la del Lacio?

Facundo.—La griega fue una civilización de tipo más intelectual. El amor del conocimiento y la belleza arrebataron el corazón de la Hélade. A pesar de los adelantos de la técnica y del correr de los siglos, la humanidad no ha logrado superar la perfección estética de la Venus de Milo o la esencia filosófica de Platón y Aristóteles. El Moisés de Miguel Angel es un Zeus cristianizado; el pensador de Rodin recuerda la actitud de un semidiós vencido. Apenas en los últimos años se intenta un ataque a fondo, de inciertos resultados, contra la geometría de Euclides, mientras que las últimas teorías sobre la constitución atómica de la materia, basadas en las observaciones efectuadas con delicados instrumentos, nos llenan de admiración al pensar que Demócrito pudo anticiparse con la sola fuerza de su cerebro, a veinticinco siglos de progreso. Los filósofos modernos trabajan con las herramientas de lógica que los griegos les dejaron perfectas. Se admira uno cuando considera el tiempo relativamente corto que transcurrió entre la organización de las primeras tribus de pastores en Grecia y la sublimidad del siglo de Pericles. El griego fue un hombre fuerte y bello que supo gozar de la vida y penetrar al golfo sin orillas del conocimiento. Fue todo un civilizado.

León.—Pudiéramos aceptarlo si se mira solamente al individuo, pero Grecia tuvo desde el punto de vista social una civilización deficiente. No alcanzó a comprender siquiera el concepto de unidad. Sirvió para educar a sus vencedores, no para vencer, porque su visión del mundo terminaba en los límites de la ciudad. La nación es el gran instrumento de civilización y fue Roma la que supo comprenderlo.

La nación como conjunto de fuerzas materiales y espirituales es un legado de Roma. Grecia fue la dispersión en marcha y nada hay tan desesperante como leer, en Polibio por ejemplo, la estéril lucha entre las ciudades griegas que desplegaban para destruirse dotes de inteligencia y heroísmo, que aplicadas en otro sentido habrían coronado la obra de Alejandro y detenido quizás la marcha de las legiones romanas al otro lado del Adriático. No solo eso: la civilización roma-

na fue la anticipación del concepto moderno de un gran imperio mundial bajo la rectoría del pueblo superior. Pudo unificarse el pensamiento occidental porque Roma impuso la unidad política en la cuenca del Mediterráneo, es decir en todo el mundo conocido de la antigüedad. Tan fuerte y duradera fue la comunidad romana que cuanto tenemos hoy de análogo las distintas razas de Occidente (incluso en América que es una sucursal de Europa), es herencia latina.

Cristián.—Sin duda. Pero si Roma puso la fuerza al servicio de la unidad, Grecia la puso al de la inteligencia, dándole lo único que puede hacerla perdurar: espíritu. Porque la fuerza sola es de lo más perecedero y frágil que existe. Timur poseyó tanto poderío como Roma, pero nada quedó de su imperio porque le faltaba estructura de pensamiento. Lo que ganó hacia Occidente se convirtió en polvo; lo que sobrevivió en Oriente perdió su personalidad y se convirtió en civilización china. Roma perduró porque asimiló el espíritu de Grecia creando la civilización grecorromana. César estaba intelectualmente más cerca de Pericles que de Escipión el Africano y los mejores literatos romanos se dedicaron a tocar música latina en un pentagrama griego, lo que nos inclina a pensar que ni la griega ni la romana eran civilizaciones completas y que sólo su hibridación aseguraba un valor digno de subsistir. Pero concretándonos a la afirmación de León, en qué consistió el pulimento que le dieron al hombre griegos y latinos?

Facundo.—Grecia le enseñó a investigar la verdad y a deleitarse con la belleza; le descubrió los secretos de la proporción y la armonía; por ella supo el hombre que en media tonelada de mármol puede encajarse más genio que en la mole inmensa de la pirámide de Cheops. Sobre todo Grecia enseñó a la humanidad a servirse de la razón como instrumento de conocimiento. Hoy mismo, raciocinar es pensar en griego. La trabazón de nuestra lógica es una cadena de silogismos a la manera del estagirita, y cuando un matemático llena el papel de fórmulas y raíces cúbicas camina por la carretera que le abrieron Pitágoras y Euclides, aun en el caso de que su intención sea demostrar que sus dos antepasados del pensamiento estaban en el error.

León.—Pero si Grecia enseñó lo que dices, Roma hizo algo más útil, que tú como marxista debes apreciar: al hombre Roma le enseñó a servir, con lo que pretendo afirmar que el concepto social es de origen romano. Se habla mucho de la tiranía de emperadores y procónsules y muy poco de la inmensa labor que ellos realizaron, sobre todo en las antes bárbaras provincias. Roma creó a base de funcionarios inteligentes y de principios jurídicos una organización análoga al estado

moderno. El mundo pasó de la tribu y la ciudad a la nación por obra de los romanos. Roma creó aquello de que se enorgullecía San Pablo: el ciudadano.

Cristián.—Ni el sabio ni el servidor crearon el verdadero tipo del civilizado porque a ambos les faltó una calidad esencial, la abnegación. Tocóle suministrarla al cristianismo, y podemos afirmar que la civilización que por primera vez pulió efectivamente al hombre fue la grecorromana cristianizada. Pudiéramos decir que la civilización es una conquista de ideales y el concepto de ideal es cristiano, porque se aparta del netamente individualista o del nacionalista para acoger el factor humano, es decir la totalidad colectiva en la labor del hombre. Antes del cristianismo encontramos al héroe que se sacrifica por nociones concretas como la grandeza del estado, de su estado, pero el sacrificio por el bien general, sin fronteras, sin razas, sin especificaciones que lo desvirtúen, es una cualidad del cristianismo. Con Cristo nacieron palabras desconocidas antes: caridad, piedad, dulzura, mortificación, penitencia. Si los analizáramos uno a uno veríamos lo que cada vocablo de esos significa en el progreso de la estirpe. Y si dijéramos que la obra civilizadora tiene por objeto evitar sufrimientos a la humanidad, veríamos que nada los disminuye tanto como el cristianismo, porque tiene la virtud milagrosa de endulzar los que no alcanza a suprimir.

León.—Hay otro aspecto de la civilización que me seduce. El pulimento del hombre en el sentido de abrirle nuevos horizontes mentales y de refinar sus sentimientos hasta transformarlos, casi, en un proceso que pudiéramos comparar con la destilación química de sutiles esencias.

Facundo.—Explicate.

León.—Como desde niño soy amigo de la literatura, voy a emplear una exposición literaria para desarrollar mi idea.

El amor sexual ha sido uno de los grandes determinantes de la poesía lírica y el tema más universalmente cantado. Pero si observamos la manera como se canta, veremos que la civilización ha refinado el primitivo y fundamental instinto tanto en el cantor como en el que escucha, hasta convertirlo en una especie de elación mística que poco o nada tiene qué ver con el conato básico de reproducción de la especie. Voy a fatigaros con unos cuantos ejemplos.

Sin recurrir a lo obsceno encontramos una clara manifestación de poesía elemental amatoria en la siguiente copla popular:

Al subir una escalera
te vi las medias azules
y me quedé sin dormir
sábado, domingo y lunes.

Cualquier campesino ignorante se deleita con el picaresco do-
naire, porque su concepto realista del amor encaja sin esfuerzo en la
evocación puramente corporal de la hembra. En este caso la poesía no
hace sino ponerle medida, con elegancia es cierto, a la observación que
ante semejante vista se le viene a los labios a cualquier ganapán. Es
la etapa de la poesía erótica que pudiéramos llamar acivilizada.

En una escala más alta de pensamiento encontramos esta otra:

Ni contigo ni sin ti
tienen mis males remedio;
contigo, porque me matas
y sin ti porque me muero.

El sentimiento sexual encuentra aquí una conexión psicológica.

La hembra empieza a idealizarse y su posesión o su ausencia se
complica con una vaga nostalgia de dolor espiritualizado. La civiliza-
ción empieza a actuar poniendo al instinto los primeros toques ideales.
La copla le gusta al campesino que ha vivido en contacto con la civi-
lización pero su verdadero alcance exige al menos haber pasado por la
escuela. No es de suponer que el pigmeo de las selvas africanas apre-
henda su íntimo sentido.

Al contemplar Pombo con su amada la noche de Diciembre, po-
blada de innumerables estrellas y presidida por la aparición tran-
quila de Selene, escribe estas estrofas:

A consagrar nuestras eternas nupcias
esta noche llegó. . . . Siento soplar
brisa de gloria, estamos en el puerto!
Esa luna feliz viene de allá.

Cándida vela que redonda se alza
sobre el piélago azul de la ilusión,
mírala, está llamándonos! Volemos
a embarcarnos en ella para Dios.

Encontramos en la anterior cita un proceso completo de civiliza-
ción en el sentido anotado por mí. El sentimiento de amor sexual evo-
luciona hasta convertirse en pura palanca mística. La mujer no es ya
la hembra sino el vaso de selección espiritual y su compañía no se bus-
ca para el deleite físico sino para compartir con ella la contemplación
de la grandeza divina, reflejada en la hermosura de los astros y la
tranquilidad solemne de la noche. Esas estrofas que nos dicen a
nosotros mucho más de lo que aparece en su simple contenido grama-
tical, escapan por completo a la apreciación del salvaje. Homero mis-
mo no habría entendido lo que encierran porque son el fruto de una

evolución milenaria, de una obra civilizadora. Para pasar de ellas al raptó místico de San Juan de la Cruz, parafrasista del Cantar de los Cantares, en que la mujer es ya solo la imagen del alma, no hay sino un paso: lo dio el genio del Dante cuando convirtió a su insignificante amada florentina en el símbolo de la teología y la paseó triunfalmente por las alturas del paraíso, entre santos y serafines, bañada sobrenaturalmente por un reflejo de la Divinidad. Queda así explicado ese otro aspecto de la civilización como transformadora de los sentimientos primitivos de que os venía hablando.

Facundo.—Pero explicado en una forma que me sorprende en ti. En un coloquio anterior competías conmigo en materialismo, y hoy estás pulsando el arpa mística del Rey Sabio.

León.—Convenido está que hoy no andaríamos de polémica. Básete saber que ante el misterio del mundo y la incógnita de la vida, es más difícil mantenerse en el materialismo absoluto que conservar la fe.

Cristián.—Interesante sobremanera resulta tu observación de ese nuevo aspecto de la labor civilizadora, que me mueves a ilustrar con otra serie de ejemplos, León amigo.

La necesidad de abrigarse evoluciona con la moral —una palanca de civilización— a la de cubrirse y ésta a la de convertir el vestido en objeto de adorno, creando así la complicada estética del traje con sus innumerables transformaciones históricas, que llegan por una desviación del móvil primitivo a anular su mismo objeto moral, hasta hacer de algunos trajes simples realces del desnudo. El alimento para matar el hambre da origen al refinamiento en los manjares y acaba por trocarse en gula pantagruélica. La necesidad del aseo evoluciona hasta el refinamiento morboso de las termas romanas; la del ejercicio físico hasta la adoración materialista del deporte como fin. El mismo culto religioso, si abandona la revelación, evoluciona fatalmente a formas tan disímiles como el panteísmo que es una tentativa de deificación personal y ciertas clases de entusiasmo místico que son simples manifestaciones de sexualismo desviado, como lo demuestra la historia de Rasputín.

Facundo.—Pero hemos olvidado otro aspecto de la civilización: el progreso sobre todo en sus manifestaciones técnicas. Confieso que para mí, materialista histórico, es uno de los más interesantes y que abre amplios horizontes al vuelo delicioso de la imaginación, la loca de la casa. Cierro a veces los ojos y me dedico a resucitar muertos ilustres para ponerlos frente al mundo moderno y deleitarme con su

asombro ante la transformación externa de las cosas. Qué sentiría Aníbal si lo colocáramos en un montículo a contemplar una batalla moderna? En vez de elefantes pasarían ante él los carros blindados, vomitando metralla y granadas por sus bocas de acero; no escucharía el galopar de sus flecheros núbidas, sino el estruendo de los aviones; en lugar de sus honderos baleares, llenarían el campo de terribles proyectiles cañones, lanzaminas y morteros. Y cómo sentiría no haber dispuesto su genio de semejantes inventos para humillar a Roma! Exhumo otras veces a Arquímedes o a Leonardo de Vinci y les presento la realización cumplida de sus sueños en el dominio de la mecánica y la física: la electricidad, el avión, las monstruosas grúas que habrían jugado con los bajeles romanos en el sitio de Siracusa como un titiritero con las livianas marionetas. Otras veces me traslado, anticipando siglos, a lo que verán nuestros descendientes. Máquinas voladoras individuales, de mecanismo portátil, que, utilizando fuerzas misteriosas de desintegración atómica, suprimirán para el hombre la esclavitud del espacio y harán más útil el tiempo aminorando su inútil empleo; fabricación sintética de alimentos, que equivaldrá a aumentar indefinidamente la extensión del planeta abriendo espacios vitales a millones y millones de hombres; televisión perfecta que permitirá la fácil y permanente difusión de la cultura, hasta el punto de que el labriego que rotura su campo, entre golpe y golpe de azada, volverá los ojos al espejo mágico para ver lo que sucede en ese instante mismo en los más remotos sitios de la tierra, incorporándose así, materialmente, a la vida toda de la estirpe; síntesis químicas que permitirán robarle a la atmósfera inagotable multitud de productos; resucitada y modernizada alquimia que al sacar el oro en inagotable vena de los hornos eléctricos acabará para siempre con la superstición capitalista de los metales preciosos y hará más por la realización de mi sueño comunista que las revoluciones todas. Y tal vez, un tal vez que en ocasiones me parece vecino a la realidad inmediata, la captación milagrosa de la vida astral, de la civilización interplanetaria en el resonador maravilloso de los radios nuevos. Por qué no hemos de descifrar el enigma que nos atormenta en las noches estrelladas, cuando al contemplar la pléyade de los astros y recordar la pequeñez de nuestro mundo nos preguntamos qué otras vidas transcurren, gozan y sufren en los planetas silenciosos, o qué otras inteligencias arden en la hoguera de los encendidos soles? Porque yo, materialista y todo, he llegado a una conclusión que se confunde casi con la tuya espiritual, Cristián: Pues si un proceso evolutivo que se originó en el caos pudo llegar pasando por el protoplasma inicial a culminar en la inteligencia del vertebrado humano, no puedo negar que otro proceso

evolutivo —tú lo llamas creador— pueda también producir la inteligencia dentro de las llamas de una estrella. Al fin y al cabo tan materia es la albúmina como el gas.

León.—Bien hiciste en llamarla loca de la casa. Pónle camisa de fuerza a tu imaginación querido Facundo, que con un milímetro más que avances vas a salir con el concepto de espíritu puro, ya que tus inteligencias solares están al borde de la inteligencia angélica que reconoce Cristián. Y sería curioso analizar un proceso lógico en que partiendo de la evolución de la materia, y pasando por la materia totalmente intelectualizada, lleguemos a la inteligencia sin materia. Un paso más y te encuentras con Dios, inteligencia absoluta, verdadera llama intelectual que por algo según sostienen los cristianos, y aún muchos que no lo son, se apareció varias veces en forma de llama. Concreta y no sueños.

Facundo.—Concretemos, pues.

Aparte de fantasías el progreso técnico tiene para mí vital importancia en la obra de la civilización, porque facilita la vida y liberta la inteligencia. La máquina tiene por objeto esencial disminuir o facilitar el trabajo del hombre, aminorando su sujeción a la materia y dejando más amplio terreno al cultivo de la inteligencia. Entre el remero de la antigua nave, encadenado al banco, y el marino que hoy vigila tranquilamente la marcha de un motor, hay un abismo en favor del último, tanto en sufrimiento físico como en holgura espiritual. La disminución enorme del tiempo necesario para los viajes, en virtud de los progresos de la locomoción, deja más vida libre para la labor útil. El progreso de lo automático hace que día a día se requiera menos inteligencia para manejar las cosas, o sea que se pueda pensar en algo distinto del trabajo. Llegará un instante en que el trabajador sea el simple vigilante de la máquina y pueda tener un libro abierto, o escribir, o componer música mientras aguarda el repique de la campanilla que le indique que algo marcha mal o el motor se pare por sí mismo, como se para hoy en los telares, para advertirle que es tiempo de intervenir. Por eso creo que el progreso de la técnica es una conquista de la civilización y que la obra de los rusos, al exaltar la industrialización, es altamente civilizadora.

Cristián.—Distingo, me enseñó a decir con mucha frecuencia en su clase de filosofía el Padre Salcedo cuando los Jesuítas me disciplinaban la inteligencia. No hace mucho leí una conferencia de Paul Valery en que se sostiene una tesis muy contraria a la tuya. Está publicada por la Universidad de los Anales. Afirma Valery que esta meca-

nización de la vida, esta fiebre de andar a prisa perjudica las altas creaciones de la inteligencia. Recuerda cómo, alumbrados por vacilantes bujías y no por potentísimas lámparas eléctricas, escribieron nuestros antepasados los más ilustres monumentos de la literatura, y cómo viajaron a las islas lejanas del mundo y de la inteligencia, sin necesidad de barcos de vapor. Cree Valery que el tiempo no se ha hecho más útil sino más angustiado. Y tiene razón. El mundo de la máquina tiende a producir en lo físico y en lo mental la elevación de lo inferior a lo mediano, pero también el rebajamiento de lo superior a lo normal. Me explico. Como la máquina es una creación del espíritu pero carece de él, repite hasta lo infinito sin error pero sin perfeccionamiento su impulso inicial inmutable. Crea sin vida. Trabaja mejor que el peón ordinario, pero menos bien que el artesano inteligente. Compara una escopeta fabricada en serie, con la que sale de las manos amorosas de un obrero de Holland y Holland. La primera carece de individualidad, es igual a todas las escopetas existentes y posibles de la misma marca; la segunda revela en cada línea, en la perfección de un tornillo, en la exactitud de un ajuste, en los grabados armoniosos de la obra de acero la inteligencia personal del artesano que la construyó sin pensar en el tiempo; que en lugar de monotear furiosamente frente a la cadena de trabajo para no perder el minuto fatal, estuvo sentado con calma frente a su torno individual, con su equipo propio de pequeñas herramientas; que al sentirse fatigado soltó tal vez los buriles y se puso a mirar un rato, por la vieja ventana, el panorama familiar de las campiñas inglesas y a pensar en el vuelo de los faisanes y el gusto que tendrían Milord Grey, o Milord Salisbury al apreciar con ojos de experto los primores del arma, lo bien repartido de su peso, la línea suave de la culata; y que después volvió a sentarse en el mismo banco de trabajo donde se sentó su padre, y dando unas chupadas a su pipa continuó la obra, su obra, con el mismo gusto de creación propia con que los grabadores de Toledo cincelaban hace siglos el puño de una espada para mi señor el Duque de Alba o para la juventud conquistadora del ilustre bastardo Don Juan de Austria.

Pero si eso ocurre en lo material, sucede también con frecuencia en lo intelectual. El mundo moderno es el mundo del periódico diario, y esa sábana de papel plegado es el más terrible enemigo de la perfección literaria. El periodista es un galeote de la pluma. Guay de él si pule, si corrige, si se acuerda siquiera de la paciente lima del feliz Horacio. El editorial, la noticia, el comentario tienen que estar listos a las doce de la noche para que los suscriptores se desayunen con ellos a la prima mañana. Y como entre tanto ha tenido que descifrar cables y telegramas que por ganar centavos en la transmisión barbarizan el

idioma, se va rodeando a su pesar de la influencia de un lenguaje absurdo que acaba por infiltrarse en su propio estilo. Cómo crear así belleza?

El libro mismo sufre el contragolpe del diario. Estas gentes de ahora no ganan el tiempo que les sobra, sino que como los herederos ricos lo malgastan. Hay que escribirles corto y malo para que el tiempo que debieran dedicar a un libro denso lo gasten en leer cuatro folletines idiotizantes. Se estudia poco porque hay una cultura difusa en la radio, la prensa y el telón de los cinematógrafos que capacita al indolente para no aparecer como decididamente estúpido ante sus amigos. El comerciante que no ha leído un tratado elemental de economía política se apodera al abordaje de cuatro términos usuales que ve en los periódicos: poder adquisitivo, índice de costos, economía dirigida, autarquía y se cree convertido en un Adam Smith. Naturalmente no estudia. Para qué?

Y viene ahora mi distingo. No niego que el progreso técnico forme una parte, muy importante por cierto de la civilización, pero encierra también un peligro que es preciso combatir. El de convertirse de medio en fin.

León.—Razón tienes. El joven pueblo norteamericano y en menor escala el teutónico, sufren más que otros la tentación de sucumbir al encanto de la máquina, a la fascinación irracional de los motores. En Alemania se amortigua el riesgo por la herencia cultural y filosófica de la nación. La evocación permanente de las figuras de Kant y Goethe, de los dibujos de Alberto Durero y la misma epopeya de los Nibelungen, constituyen un contrapeso para la técnica, y las síntesis filosóficas de las universidades en Heildelberg y Berlín le merman virulencia a la síntesis química, mientras las torres de Colonia y los castillos románticos reflejados en las aguas del Rihn sirven de vacuna contra las barcazas cargadas de mineral de hierro y breas pestilentes. Pero en los Estados Unidos el asunto es más grave. La endiablada inventiva mecánica de los yanquis de Conneticut, prototipos de su raza, hizo que el colono agricultor pasara de un salto del arado primitivo a las más ingeniosas máquinas modernas y semejante cambio brusco está a punto de averiar la civilización. El joven yanqui se siente inclinado a pensar —si es que piensa— que la caloría y el amperio constituyen la esencia de la cultura. Si no fuera porque las escuelas se empeñan en enseñar de memoria la Evangelina de Longfellow y el Cuervo de Poe, el yanqui no conocería más canciones que las coplas horribles del Jazz-band. La Universidad norteamericana tendrá como misión especialísima en lo futuro combatir con inyecciones román-

ticas la fiebre técnica. De lo contrario triunfará una civilización cuantitativa de tipo fenicio, incapaz de obra perdurable.

El exceso de la técnica acaba por crear peligros hasta para la vida misma. Un amigo médico que anduvo por los grandes hospitales norteamericanos con los ojos muy abiertos para ver lo que valía la pena de verse, que es mucho, se quejaba de que el microscopio y el reactivo tienden a acabar con el clínico; y según él, el clínico es irremplazable en muchos casos. En algunas revistas norteamericanas encontré el mismo concepto, pues se quejaban de la creciente desaparición del médico de familia, que sin ser muy fuerte en nada, tenía en cambio el ojo clínico. Y es porque el organismo humano encierra más enigmas de los que alcanza a revelar la lente inmóvil y sin inteligencia del ultramicroscopio.

Cristián.—Repito que el progreso técnico forma parte de la civilización. Para mí constituye inclusive una parte del plan divino sobre el mundo. Dios entregó la tierra al esfuerzo y a la inteligencia de los hombres, no solo para que de ella derivaran el natural sustento, sino para que investigando sus misterios, analizando sus leyes, escrutando sus fenómenos ejercitaran el pensamiento y entretuvieran con el estudio y el hallazgo la nostalgia del peregrinar por el valle de lágrimas. La facultad de inventar y descubrir es casi una delegación al hombre del poder creador, puesto que le permite sacar no de la nada sino de lo circundante algo que existía en sus partes pero no en su todo.

Pero para mí el mayor peligro del progreso técnico consiste en que si no lo acompañan otros del espíritu, se convierte en el más detonante y destructor de los explosivos. El técnico puede ser un bárbaro, y entregarle al bárbaro el poder espantoso de las sojuzgadas fuerzas naturales, es como repartirles ametralladoras a los enfermos del manicomio. Convinimos en que civilizar es pulir al hombre aumentándole su capacidad de obrar como tal. Pero un profesor de gafas, experto en la química, perito en la física, sobresaliente en matemáticas puede tener mentalidad de salvaje y sus adelantos materiales sirven para aumentarle la animalidad. En ese caso la técnica logra en última instancia perfeccionarle su capacidad destructora. Y cuando ese salvaje con título doctoral se rodea de unos políticos que olvidan el derecho y de unos filósofos que corrompen la razón natural, constituye para el mundo la superación de la barbarie. Imaginemos lo que sería de la especie humana si una intervención diabólica dotara de inteligencia a tigres, leones y cocodrilos. Físicamente más fuertes que el hombre,

superiores en instinto, en olfato y agilidad y provistos de sus mismas armas lo barrerían de la tierra.

Ese es el peligro que nos amenaza. Que los técnicos se olviden del verdadero sentido de la palabra humanidad y desaten sobre el mundo sus instintos brutales apoyados por los más perfectos sistemas de destrucción y matanza. Yo no sé qué resultará en última instancia de una guerra mundial, o sea de un desborde generalizado de la barbarie; pero lo que sí aseguro es que nuestra civilización, la que hoy tenemos, mal herida y vacilante desde 1914, encontrará su definitivo sepulcro en esa hecatombe, que será, por otra parte, la más grandiosa exhibición de técnica que pueda presenciar el mundo.

León.—Simplemente porque interpretado y aplicado en esa forma el progreso no es civilización, porque no es cultura.

Y ahí radica tal vez la esencia de todas estas divagaciones. Civilización es igual a cultura.

Pero la cultura no consiste solo en aprender, en leer, en instruirse. Es el cultivo total de la persona humana, y supone como todo cultivo un orden de procedimientos, un equilibrio de fuerzas, una ponderación de posibilidades. Cultura humana igual a mejoramiento humano dentro del marco de la vida real.

Facundo.—Cierto, ciertísimo. Pero como cada escuela tiene un concepto especial de la cultura será imposible ponernos de acuerdo sobre la esencia de una verdadera civilización. Tú sueñas con un héroe que imponga autoritariamente su propia noción cultural; yo vivo acariciando mi ideal de proletarios soberanos, provistos de elementos superindustrializados que arranquen al mundo físico hasta la última partícula de bienestar y de sustento. En vez de una idea común de la civilización vamos a tener una lucha de civilizaciones antagónicas.

Cristián.—Desgraciadamente así sucede en la práctica. El hombre es naturalmente polemista. Ni siquiera la inminencia del peligro común pone de acuerdo a los mortales, pues ante la perspectiva de un naufragio todos están de acuerdo en el deseo de salvarse y en discusión sobre los medios adecuados.

Per hay ciertas líneas generales en que el acuerdo es posible, desde que no se baje a los detalles.

Cultivar al hombre es pulirlo en sentido total. En el cuerpo, en el espíritu, en sus relaciones con el prójimo, en su carácter de jefe de familia, de miembro de la comunidad, de individuo dentro de la especie. Yo incluyo una cultura religiosa como culminación de la obra; los materialistas si no quieren caer en la barbarie deben sustituirla por

una cultura de moral positivista, porque en fin de cuentas no hay cultura sin un freno y no hay freno sin un mandamiento abstracto que sujete la vida a normas de oposición al egoísmo. Y es preciso cultivar también al hombre para el arte, para la apreciación de la belleza, para la idealización de la materia. El civilizado es un ser que capta las resonancias del mundo y del espíritu. Culmina en el tipo perfecto cuando damos con un hombre que obra bien, piensa bien, comprende bien; que es capaz de abstraerse en un tratado de filosofía, de gozar con unos versos hermosos, de emocionarse con la belleza melancólica de un crepúsculo o los crecientes resplandores de una albrada campesina. Y cuando ese mismo hombre, capaz de dialogar con los compañeros de Platón en los jardines de Academio, sabe también departir en su propio idioma con el hombre del agro, comprender sus angustias, compartir sus entusiasmos. Y sobre todo cuando sabe aislarse de sí mismo, por decirlo así, y comprende el valor inmenso del vocablo servir.

Pero en escalas modestas hay casos concretos que le enseñan a uno a comprender cómo la civilización relativa no exige demasiadas complicaciones.

Recorred, si no, ciertos campos de nuestra tierra. Topaís de repente con una casa humilde, de suelo de tierra apisonada. Al frente un jardincito florido; colgadas de las soleras macetas fragantes; al lado un platanar cuidado como un huerto. Dueño y jefe de ese pequeño mundo un hombre fuerte que sabe cultivar la tierra y deleitarse con la belleza solemne de las glosinias o la juguetona de las margaritas. Hablad con él. Encontraréis que vive en paz con sus vecinos, respeta sus linderos, ayuda al prójimo en desgracia, cumple sus deberes cívicos de contribución y voto, ayuda al mayordomo de fábrica, colabora en el censo y asiste si es posible al concejo municipal donde suple con buen sentido la falta de letras. Ama la paz, odia la guerra pero está listo si el caso llega a hacerse matar en defensa de lo que cree justo y de su patria que adora. Rasgúa a veces un tiple y acompaña con alegres coplas las fiestas familiares..

Ese es un hombre culto, un hombre civilizado.

Leed, en cambio, el libro orgulloso de un sabio que escribe rodeado por veinte mil volúmenes, pertenece a cinco academias, porta diez condecoraciones, habla varios idiomas y enseña en una cátedra. Ese hombre predica la opresión de los débiles, afirma que el fin justifica los medios, fomenta la guerra, predica el odio.

Facundo.—Capaz de destruir una civilización.

Para mí con todas sus medallas y sus libros es un solemne bárbaro.

León.—Y digno de que lo quemem a fuego lento con los volúmenes de su biblioteca.

Facundo.—Estamos ya de acuerdo sobre el concepto de civilización?

León.—Estamos por lo menos en proceso de civilizarnos, porque en esta tarde de coloquio hemos buscado juntos la verdad.

